

Casiano pone las señales para conocer cuál sea tristeza buena y según Dios, y cuál mala y del demonio. Dice que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta San Pablo (1) que son Caridad, Gozo, Paz, Longanimidad, Bondad, Fé, Mansedumbre, Continencia. Pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor y amargura infructuosa, y que nos inclina á desconfianza y desesperación, y nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y mas, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegría ninguna; pero la tristeza buena, y según Dios, dice Casiano, es en cierta manera alegre (2), y trae consigo un consuelo y un confort y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurrendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que habemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y dá pena, por otra consuela grandemente. Por experiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando habemos llorado muy bien nuestros pecados. Una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios á la vida de los del mundo, es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma, cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Y así pondera esto muy bien San Agustín, diciendo: «si esta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza á servir á Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les dá tanto contento, ¿qué será el alegría y contento que sentirán cuando el Señor los consuele en la oración, y les dé aque-

(1) Ad Gal. V, 22.
(2) Est quoddammodo laeta.

llos júbilos espirituales que él suele comunicar á sus escogidos? ¿qué será cuando del todo les enjague y limpie las lágrimas de sus ojos (1)?» Pues el andar siempre hecho un Jeremías llorando los pecados ajenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfacción que causa en el alma, porque es señal de buenos hijos ser muy celosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfección y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber mas suave y mas dulce? Dice San Agustín: «¿Qué cosa mas dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener nuestro corazón á donde está el verdadero gozo y contento (2)?»

De aquí se verá también que la alegría que pedimos en los siervos de Dios no es alegría vana de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, y que ande uno hablando con todos cuantos encuentra; porque esa no sería alegría de siervos de Dios, sino distracción, libertad y disolución. Lo que pedimos es una alegría exterior que redunde de la interior, conforme á aquello del Sabio: «Así como la tristeza del espíritu redundante en el cuerpo, de tal manera que viene á secar y consumir, no solo las carnes, pero aun los huesos (3); así la alegría interior del corazón redundante también en el cuerpo y hace que se eche de ver en el rostro (4).» Y así leemos de muchos Santos que parecía en su rostro una alegría y serenidad que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegría que habemos nosotros menester.

(1) Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. Apoc. XXI, 4.

(2) Quid enim pulchrius, quidve dulcius, quam inter tenebras hujus vitae, multasque amaritudines, divinae dulcedini inhiare, et aeternae beatitudinis suspirare, illi quoque tenari mente, ubi vera haberi gaudia certissimum est? Aug. cap. 97, Meditat.

(3) Spiritus tristis exsiccet ossa. Prov. XVII, 22.

(4) Cor gaudens exultat faciem. Prov. XV, 13.

TRATADO SEPTIMO.

Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo, y del modo que habemos de tener en meditar los misterios de su sagrada Pasion, y frutos que habemos de sacar de ellos.

CAPITULO I.

Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo.

Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol San Pablo (1), enviónos Dios su Hijo. Todos los demas tiempos fueron como vacíos de gracia; este tiempo es lleno de ella y de dones espirituales, y por eso con mucha razón se llama Ley de Gracia, porque en él se nos dió esta gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias. Envio Dios á su Unigénito Hijo hecho hombre, para que nos librase del pecado, para que nos redimiese y rescatas del poder y servidumbre del demonio, á que estábamos (2), para que nos reconciasse con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puer del cielo que el pecado tenia cerrada. Despues de aquella miserable caída de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de justicia original, en que Dios les habia criado, y quedaron sujetos, y en ellos

(1) At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem illorum reciperent. Ad Galat. IV, 4.
(2) Nunc princeps hujus mundi efficitur foras. Joann. XII, 31.

todos sus descendientes, á infinitas miserias (1), un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fué, que luego que pecó Adán, maldiciendo Dios á la serpiente, allí prometió de dar en cierto tiempo á su Unigénito Hijo, para que hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caímos por el pecado: «Pondré enemistades, dijo (2), entre tí y la mujer, y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza.» Esta promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban á sus hijos el estado dichoso que habian tenido y cómo le habian perdido por el pecado; pero que habia de venir un Redentor en cuya virtud se salvarian. Esta promesa la confirmó Dios despues muchas veces (3), especialmente á algunos que le agradaron mas particularmente, como á Abraham, Jacob y David, prometiéndoles que de su linaje naceria, y toda la religion de los judios profesaba eso; y los Profetas decian; maravillas de esta venida; estábanle aguar-

(1) Deus fecit hominem rectum, et ipsa se in finibus miscuit questionibus. Eccl. VII, 30.
(2) Inimicitias ponam inter te, et mulierem, et semen tuum, et semen illius, ipsa contrahet caput tuum. Gen. III, 15.
(3) Sapientiae X, 8.

dando con clamores, gemidos y oraciones: "Acabad ya, cielos, de enviarnos ese divino rocío. Acabad, nubes, de echar acá al que es por sí enteramente justo. Acabad ya, tierra, de abriros y darnos al Salvador (1)." Y la Esposa en los Cantares, deseaba y decía (2): "¡Oh, si te tuviese acá fuera, hecho ya hermano mio, en los pechos de la madre, para que allí te pudiese besar, y abrazarme contigo, y ya nadie me menosprecie, que tengo á Dios por hermano!" Esta era toda la esperanza de las gentes (3). Estaban esperando como cautivos el rescate, y esta esperanza los sustentaba. Y en virtud del que habia de venir, se les perdonaban los pecados; como nosotros creemos que vino, así ellos creían que habia de venir, y así le llamaban: *El que ha de venir*, y eso es lo que preguntaron á San Juan Bautista: "¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro (4)?"

Pues cuando vino el cumplimiento del tiempo, cuando llegó la hora en que Dios habia determinado de hacer esta misericordia tan grande al mundo, enviémos á su Unigénito Hijo. No quiso Dios enviarle luego, porque conociesen mas los hombres su miseria y deseasen su remedio, y le estimasen mas cuando se le diesen. Muchas veces no nos quiere Dios remediar, ni dar el consuelo luego, para que echemos de ver nuestra poquedad y la necesidad que tenemos de acudir á él, y no nos atribuyamos nada á nosotros. Pues cuando determinó Dios de remediarnos, y llegó aquel tiempo dichoso y

(1) Emitte agnum, Domine, Dominatorem terra. *Isai. XVI, 1.*—Unam dirumperes coelos, et descenderes. *Isai. LXIV, 1.*—Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum, aperiatur terra, et germinet Salvatorem. *Isai. XLV, 8.*

(2) Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et desoculer te, et jam me nemo despiciat? *Cant. VIII, 2.*

(3) Et ipse erit expectatio gentium. *Genes. XLIX, 10.*

(4) Tu es, qui venturus est, an alium expectamus? *Matth. XI, 3.*

tan deseado, porque aquella caída y daño ninguno la podia reparar digna y debidamente, sino el mismo Dios, no bastaban las fuerzas del hombre para levantarse, ni bastaban fuerzas de ángeles para levantarle, eran menester fuerzas divinas; y porque la redencion se habia de obrar con satisfaccion de la culpa, y esta satisfaccion habia de ser penosa, y Dios en su sustancia y naturaleza no podia padecer, halló la infinita sabiduría este medio é invencion maravillosa de hacerse el Hijo de Dios hombre, y unidas ambas naturalezas, divina y humana, en una misma persona, ella obrase este importantísimo negocio de la redencion de los hombres; invencion llena de sabiduría y bondad, manifestadora de la grandeza y poder infinito de Dios, mas que ninguna de todas las otras obras que ha hecho en el mundo. Y así pide el Profeta: "Despertad, Señor, vuestro poder; manifestad vuestra omnipotencia y venid á salvarnos (1)." Pídele que muestre su potencia en esta venida, porque la obra era de la mayor fuerza que Dios podía hacer en el mundo. Así lo dice San Agustín (2). Grande obra fué criar ee mundo; criar tan perfectas criaturas, sea fué de su poder, y así lo canta la Iglesia: "Creo en un Dios Padre, todo poderoso, Criador del cielo y de la tierra (3);" pero comparada la redencion del mundo con esta obra, es como cifra. Y así David llama á la creacion obra de los deos de Dios (4); pero cuando se habla de la redencion del linaje humano, llámase obra de su brazo: "Hizo fuerza en su brazo (5)."

(1) Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos. *Ps. LXXIX, 3.*

(2) Aug. *lib. 10 de Civit., cap. 29.*

(3) Credo in unum Deum Patrem omnipotentem Creatorem coeli, et terrae.

(4) Quoniam videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam, et stellas, quae tu fundasti. *Ps. VIII, 4.*

(5) Fecit potentiam in brachio suo. *Luc. I, 41.*

diferencia que hay del brazo al dedo, esta hay de la una obra á la otra. Y no solamente esta obra fué manifestadora del poder y grandeza de Dios, sino tambien de la grandeza del hombre y del caudal que Dios hace de él, mucho mas que lo fué la de la creacion. Y así dice la Iglesia: "Dios, que admirablemente criaste la dignidad de la sustancia humana, y mas admirablemente la reformaste etc. (1)." Mucho dió Dios al hombre cuando le crió, pero mucho mas le dió cuando le redimió. Dice San Leon Papa: "A altísimo ser levantó Dios al hombre, haciéndole á su imágen y semejanza; pero mucho mas le levantó y ennobleció, haciéndose Dios, no solo á imágen y semejanza del hombre, sino verdadero hombre (2)."

Son tantos y tan grandes los bienes que se nos han seguido de haberse hecho Dios hombre, para redimirnos, que á trueque de ellos, habemos de tener por buena para el mundo la culpa de Adán, como la Iglesia en el Sábado Santo con un exceso de amor arrebatada en espíritu, enterneciéndose y regalándose con su esposo Cristo, canta: "¡Oh dichoso mal, por el cual vino tanto bien á los hombres! ¡Oh dichosa enfermedad, que con tal medicina sanó (3)!" Mas se nos dá por Cristo que se nos quitó por Adán; mayor es la ganancia de la redencion que la pérdida de la culpa. "No fué el don como el delito," dice el Apóstol San Pablo (4), ponderando que mas fué la gracia que Cristo comunicó al mundo que el daño que en él causó la culpa de Adán. Y San Bernardo, trayendo este testimonio

(1) Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabiliter reformasti.

(2) Leo Papa, et Aug. *serm. 9 de tempore.*

(3) O felix culpa, quae talem, ac tantum meruit habere Redemptorem! O certe necessarium Adae peccatum, quod Christi morte deletum est!

(4) Non sicut delictum, ita et donum. *Ad Rom. V, 15.*

de San Pablo, dice: "Mucho daño nos hicieron un hombre y una muger; pero, infinitas gracias sean dadas á Dios, que por medio de otro hombre y de otra muger, que son Cristo y la Virgen, se restauró todo ese daño, y con tan grande ventaja que escede en infinito la grandeza del beneficio y don, que se nos dió, al daño que habíamos recibido (1)."

No se pueden contar, ni decir los bienes y tesoros grandes que tenemos en Cristo. El Apóstol San Pablo dice (2) que le habia el Señor dado esta gracia de predicar y declarar á las gentes estas riquezas y tesoros inestimables. Esta gracia habíamos menester nosotros ahora. Dijo el mismo Cristo á la Samaritana: "¡Oh muger, si supieses el don de Dios (3), la merced que ha hecho al mundo! Aquella dádiva tan señalada que tenia prometida, de dar á su Hijo, ya la dió. Este don es merecedor de este vocablo *don*, porque en él se encierran todos los dones divinos (4). ¡Oh! ¡si conociésemos y entendiésemos este don y los bienes grandes que tenemos en él! ¡Oh! ¡si el Señor nos abriese esta vena y nos descubriese esta mina y este tesoro tan excelente! ¡Qué ricos quedaríamos y qué dichosos seríamos! A San Agustín le habia hecho Dios esta merced, y así decía él: "Señor, quien no te sirve por el beneficio de la creacion, bien merece el infierno; mas el que no te sirve por el de la redencion,

(1) Vehementer quidem nobis, dilectissimi, vir unus, et mulier una nocuere, sed gratias Deo, per unum nihilominus virum, et mulierem unam omnia restaurantur, nec sicut magno foenore gratiarum, neque enim sicut delictum ita et donum, sed excédit damni aestimationem beneficii magnitudo. *Bern. serm. 7 de B. Maria de verb. (Apoc. 12.) signum magnum, in initio.*

(2) Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi. *Ad Eph. III, 8.*

(3) Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi, da mihi bibere! *Joann. IV, 10.*

(4) Omnia nobis cum illo donavit. *Ad Rom. VIII, 32.*

menester es nuevo infierno para él. Y del P. maestro Avila se dice que andaba tan actuado en esto que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que el Señor le había hecho, decía: «no os maravillaos de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto que se hizo hombre por vos.» No supo el Apóstol y Evangelista San Juan decir, ni explicar el grado de la alteza del amor que Dios nos tuvo, sino midiendo el amor conforme al don. Por la soberanía del don, que nos dió, por ahí vereis el amor que nos tuvo: cuan grande fué el don, tan grande fué el amor; pues amó Dios tanto al mundo, que nos dió á su Unigénito Hijo que se hiciese hombre para que muriendo él viviésemos nosotros (1). Canta la Iglesia: ¡Oh maravilloso amor! ¡Oh caridad inestimable, que entregastes, Señor, á vuestro Hijo, para redimir al esclavo (2)! ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? ¿qué hombre se atreviera, estando cautivo en Berbería á pedir á su rey: «Señor, enviad acá á vuestro único hijo que venga á morir entre estos infieles para rescatarme á mí?» Pues lo que vos no osárades boquear, y lo que no pudiérades pensar ni imaginar, ni pudiera caer en vuestro entendimiento, eso hace Dios por vos.

Y mas: no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino levantónos á dignidad de hijos de Dios: tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya: hizose Dios hombre, para hacernos á nosotros hijos de Dios. Dice San Juan: «Mirad la caridad y bondad del Señor, y la merced tan grande que nos hizo, que no solamente nos llamamos hijos de Dios,

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret. *Joann.* III, 16.
 (2) O mira circa nos tuae pietatis dignatio! O inestimabilis dilectio charitatis! Ut servum redimeres, Filium tradidisti! *In Sabbato Sancto.*

sino que verdaderamente lo somos (1); y con verdad llamamos á Dios, Padre, y á Jesucristo su Hijo, hermano. Y así no se desdénia él, dice San Pablo (2), de tenernos por hermanos y llamarnos así, antes parece que se precia de ello. Y así muchas veces usa de ese término, y nos llama hermanos á boca llena. Pues quien tiene á Dios por Padre, y por hermano á Jesucristo, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra (3); ¿qué mas tiene que desear? Cuando los hermanos de José vieron á su hermano entronizado en Egipto, y que mandaba toda la tierra, y que Faraón todas las cosas despachaba por su medio (4); despues que José les quitó el miedo por la ofensa que le habían hecho, y les ofreció todo lo necesario (5), ¿qué alegres, qué contentos, qué confiados estarían? A todos los llevó allá consigo, dióles carros en que llevasen su hacienda: «Venid conmigo, les dijo (6), y daros hé todo lo bueno que hay acá.» Pues eso hace con nosotros Cristo nuestro Redentor, que es hermano nuestro, y nos ama mas que José á sus hermanos: á todos nos quiere llevar consigo. Dice él por San Juan: «Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, estén ellos conmigo (7).» Dános carros para que vayamos allá, que son tantos Sacramentos y tantas ayudas de costa como tenemos para ello.

Y si se os pusieren delante las ofensas y pecados que contra él habeis cometido, para haceros desconfiar y desmayar, ya por

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. *I. Joann.* III, 1; *ad Gal.* IV, 5.
 (2) Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare, dicens: nuntiabo nomen tuum fratribus meis. *Ad Hebr.* II, 11.
 (3) Data est mihi omnis potestas in celo, et in terra. *Math.* XXVIII, 18.
 (4) Itē ad Joseph. *Gen.* XLI, 55.
 (5) Nolite timere, ego pascam vos. *Gen.* L, 21.
 (6) Venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona Aegypti. *Gen.* XLV, 18.
 (7) Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum. *Joann.* XVII, 24.

la penitencia los tiene olvidados. Y no solo eso, sino él mismo es nuestro medianero é intercesor con su Padre Eterno para alcanzarnos misericordia y perdon. Y así nos esfuerza con esto el Apóstol y Evangelista San Juan: «Hijos míos, no pequeis; pero si alguno pecare, no desconfie, porque tenemos por abogado, delante del Padre, á Jesucristo su Hijo (1).» Y el Apóstol San Pablo dice que subió Cristo al cielo para hacer oficio de abogado y procurador nuestro en la audiencia del Padre (2). Dice San Bernardo que está allá en el cielo, mostrando y representando al Padre Eterno sus llagas, diciéndole que por nosotros las recibió y por su mandado, que no permita se pierda quien tan caro le costó. Así como la Sacratísima Reina de los Angeles muestra á su Hijo benditísimo los pechos que le criaron, intercediendo por nosotros: así el Hijo muestra al Padre Eterno las heridas y llagas que por nosotros recibió. Y esa, dicen los Santos, que es una de las causas por que quiso él que le quedasen las señales y agujeros de ellas despues de su gloriosa Resurrección.

Quando murió Jacob, dice la Sagrada Escritura (3) que fueron sus hijos á su hermano José temerosos no quisiese vengar entonces las injurias que en vida del padre no había vengado. Y dijéronle: nuestro Padre, á la hora de su muerte, no deseó para sus hijos otro mayor bien sino que su hermano les perdona, y se olvide de las injurias pasadas; y nosotros tambien os suplicamos que perdoneis á vuestro padre esta maldad (4). Es mucho de notar que las

(1) Filioli, haec scribo vobis, ut non peccetis; sed, et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. *I. Joann.* II, 1.
 (2) Ut appareat nunc vultui Dei pro nobis. *Ad Hebr.* IX, 24.
 (3) *Gen.* L, 15.
 (4) Nos quoque oramus ut servo Dei patri tuo dimittas iniquitatem hanc. *Vulgat. correctā legit:* aut servis Dei patris tui.

injurias no las había hecho el padre, mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Así Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hizo suyos; porque se cargó de ellos y salió por fiador nuestro. «Puso el Señor en él las iniquidades de todos nosotros: las iniquidades de todos él las llevó», dice Isaías (1). Pues vamos nosotros con esta misma embajada y petición al Padre Eterno, y digámosle: «Padre Eterno, perdonad estos mis pecados á vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó él cosa mas encomendada á la hora de su muerte (2).» Pues ¿quién con esto desconfiará de ser perdonado? Dice el Apóstol San Pablo: «Tenemos la sangre de Cristo, que está clamando y dando voces por nosotros mejor que la de Abel (3):» porque aquella clamaba pidiendo venganza; pero la sangre de Cristo está clamando misericordia, para aquellos por quien se derramó y para aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias para haceros desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo, imaginad que él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos como abogado y procurador vuestro, y que cubre vuestra confusion y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo. Y con esto cobrareis luego otro nuevo corazon, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría: porque él es nuestra justicia, santificación y redención, como dice el Apóstol (4).

(1) Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Et iniquitates eorum ipse portavit. *Isaías*, LIII, 6 et 11.
 (2) Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* XXIII, 34.
 (3) Habemus sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel. *Ad Hebr.* XII, 24.
 (4) Qui factus est nobis justitia, et sanctificatio, et redemptio. *I. ad Cor.* I, 30.

San Ambrosio dice: «Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseais ser curado de vuestras llagas, médico es; si ardeis con calenturas, fuente es; si os fatiga la carga de los pecados, justicia es; si teneis necesidad de ser ayudado, fortaleza es; si temeis la muerte, vida es; si deseais ir al cielo, camino es; si quereis huir las tinieblas, luz es; si teneis necesidad de manjar, mantenimiento es. Todo lo que deseáredes, y hubiéredes menester, hallareis en él (1).» Y en otra parte dice: «Si se levantara contra vos el lobo, tomad la Piedra, que es Cristo; si acudís á él, huirá el lobo, y no os podrá ni aun espantar, cuanto mas hacer mal: á esta Piedra acudió San Pedro, cuando en medio de las olas comenzó á temer, y luego halló lo que buscaba; porque le tomó Cristo de la mano y le libró del peligro (2).»

San Gerónimo, sobre aquello de San Pablo: «Hermanos míos, de aquí adelante confortaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestíos de las armas de Dios, para que podáis resistir á las asechanzas y tentaciones del demonio (3);» dice que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la Sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor, se colige claramente que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cristo nues-

(1) Omnia igitur habemus in Christo, et omnia Christus est nobis. Si vulnus curare desideras, Medicus est. Si febribus aestuas, fons est. Si gravaris iniquitate, justitia est. Si auxilio indiges, virtus est. Si mortem times, vita est. Si coelum desideras, via est. Si tenebras fugis, lux est. Si cibum quaeris, alimentum est. *Ambr. lib. 3 de virgin.*

(2) Si in te insurrexerit lupus petram capo, et fugit, petra tua Christus est; si ad Christum confugas, fugit lupus, nec tertere te poterit. Hanc petram quaesivit Petrus, cum titubaret in fluctibus, et invenit quod quaesivit, quia dexteram amplexus est Christi. *Ambr. lib. 6 exam. cap. 4.*

(3) De caetero fratres confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus, induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. *Ad Ephes. VI, 10.*

tro Redentor. De manera, que es lo mismo decir, «vestíos todas las armas de Dios», como si dijera: «vestíos de Jesucristo.» Y va probando cómo Cristo es nuestra loriga, nuestra celada, y nuestro arnés, y nuestro escudo, y nuestra espada de dos filos (1), y todo lo demas. Y así, las armas que nos habemos de vestir y con que nos habemos de armar, para resistir á todas las tentaciones del demonio y para defendernos de todos sus engaños y asechanzas y salir con victoria, son la virtud de Cristo. De manera, que todas las cosas nos es Cristo y todas las tenemos en él. Y para que mejor entendamos esto, la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y títulos, llamándole: Rey, Maestro, Pastor, Sacerdote, Médico, Amigo, Padre, Hermano, Esposo, Luz, Vida, Fuente y otros semejantes. Así como el Apóstol dice que en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre (2), así tambien en él están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas; porque en él está librado todo nuestro bien y remedio; y todas nuestras obras, si tienen algun merecimiento, es por él; tenidas en su sangre son de valor, como le fué dicho á San Juan en el Apocalipsi (3), de aquella tan grande multitud que vió estar ante el Trono de Dios, que no se podía contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes y con palmas en sus manos: «estos son los que lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero.» Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo. Todos los bienes y dones, que nos vienen, nos vienen por medio de él y por sus merecimientos. Por él somos libres de las tentaciones y de los peli-

(1) Ultraque parte acuta. *Apoc. I, 16; II, 12.*
 (2) In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi. *Ad Colos. II, 3.*
 (3) *Apoc. VII, 14.*

gros; por él alcanzamos todas las virtudes; finalmente, todo lo tenemos en Cristo, y todo lo habemos de alcanzar por Cristo, y todo se lo habemos de atribuir á Cristo. Y así la Iglesia remata y concluye todas las oraciones y peticiones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, conforme á aquello del Profeta: «Mirad, Señor y Protector nuestro, y poned los ojos en el rostro de vuestro Cristo (1).» «Señor, concedednos esto por Jesucristo vuestro Hijo. Perdonad nuestros pecados, por el amor que le teneis, pues murió por ellos en una cruz. Poned los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció, y tened de nosotros misericordia.» Si los servicios de Abraham, Jacob y David, bastaban en el acatamiento de Dios para aplacarle y tenerle la mano que no castigase á su pueblo; y no solo para eso, sino para que por respecto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes, cómo vemos que el Señor lo decía á cada paso (2); ¿cuánto mas hará el Padre Eterno por Jesucristo su Hijo en el cual tanto se agradó (3)? Y así dice el Apóstol San Pablo: «Nos hizo gracias á sí en su amado Hijo (4).» Y el mismo Cristo dice y nos asegura que cualquier cosa que pidiéremos al Padre en su nombre, se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (5).

¡Oh! con cuánta razón dijo el ángel á los pastores, el día que nació este Señor, y en ellos á nosotros: «Traigo-os una nueva de grande gozo y alegría para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para

(1) Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui. *Ps. LXXXIII, 10.*
 (2) Propter servum meum Jacob, et Israel electum meum, et propter David servum meum. *Isaías XLV, 1; IV. Reg. XIX, 34.*
 (3) In quo mihi bene complacuit. *Math. XVII, 5.*
 (4) Gratificavit nos in dilecto Filio suo. *Ad Eph. I, 6.*
 (5) Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio. *Joann. XIV, 13.*

vosotros, que es Cristo nuestro Señor (1).» Y no es un gozo este, sino muchos gozos y muchos bienes. Pregunta Origenes por qué diciendo Isaias en singular: *Del que anuncia el bien* (2), refiriendo San Pablo este lugar, dice en plural: *De los que anuncian los bienes* (3). Y responde: porque Jesucristo no es solo un bien, sino todos los bienes. Él es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, luz del mundo, verdad, camino, puerta del cielo, sabiduría, poder, y tesoro de todos los bienes; para nosotros nació y murió, para que nosotros vivamos: para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos; para nosotros subió á los cielos. Dijo él: «Voy á prepararos el lugar y conviéneos á vosotros que vayá (4).» De allí nos envió el Espíritu Santo. Y allí donde está sentado á la diestra del Padre, nos está haciendo continuos favores y mercedes (5). Dice San Cipriano que para eso tambien le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, y siempre están manando con grandísima liberalidad, y no se pueden agotar. Tiene manos de oro y llenas de piedras preciosas (6), y como es maniroto, euelanse por aquellos agujeros los dones. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo: «Teniendo un Pontífice y un medianero ó intercesor tan grande como á Jesucristo, Hijo de Dios, que penetró los cielos y está sentado á la diestra del Padre, y es igual con él, acudamos al trono de su gracia con grande confianza, que al-

(1) Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni populo, quia natus est vobis nunc Salvator, qui est Christus Dominus. *Lucae, II, 10.*
 (2) Annuntians bonum. *Isaías LII, 7.*
 (3) Evangelizantium bona. *Ad Rom. X, 15.*
 (4) Vado parare vobis locum. *Joann. XIV, 2.*—Expedit vobis, ut ego vadam. *Joann. XVI, 7.*
 (5) Dedit dona hominibus. *Ad Eph. IV, 8.*
 (6) Manus ejus torquatus purpura, plenas hyacinthis. *Cant. V, 14.*